

UNA ASCENSIÓN AL GORBEA

El año 1850

Ofrecemos a la curiosidad de nuestros lectores, dos interesantes documentos referentes a alpinismo retrospectivo en nuestras montañas. Ambos relatan ascensiones realizadas al Gorbea en el pasado siglo. El primero está tomado de la obra publicada en Leipzig el año 1852, con el título de «Wanderungen durch die nordestlichen und centralen Provinzen Spaniens. Reiseerinnerungen aus dem Jahre 1850 von Dr. Moritz Willkomm. Privatdocenten an der Universität zu Leipzig» (Peregrinaciones por las provincias del nordeste y del centro de España. Recuerdos de Viaje del año 1850, por el Dr. Mauricio Willkomm, profesor privado en la Universidad de Leipzig).

La segunda narración—publicada en 1877—apareció en el ya fenecido diario bilbaíno «Irurak-Bat». La conceptuamos escrita por el delicado literato, D. Camilo de Villabaso.

* * *

Entre la multitud de eminencias que separan el pintoresco y templado territorio de Vizcaya de la fría y monótona llanura de Alava, descuellan varios riscos empinados de formas peregrinas. De estos riscos que se componen de una formación caliza, negruzca en un principio, pero que va blanqueándose hacia arriba, merece el primer lugar la Peña de Gorbea, situada entre el valle de Orozco y el llano de Vitoria. Dicha montaña es famosa en Vizcaya y Alava, así por haber sido teatro de un combate sangriento durante la última guerra civil, como por los laberintos de grutas y peñascos, que comprende en su seno y a los cuales se refieren muchas curiosas consejas, no menos que por su extraordinaria riqueza en plantas y sus pastos copiosísimos, en donde durante el verano se sustentan numerosos rebaños de las dos provincias vascas que allí parten términos.

Esta última circunstancia despertó principalmente mi interés, y me propuse no salir de Vizcaya sin haber hecho antes una excursión a la Peña de Gorbea, aprovechando para llevar a cabo mi plan, de mi regreso de Bilbao a Irún, y no tuve ocasión de arrepentirme de ello, pues la realidad superó en todos conceptos a lo que yo esperaba. La Peña de Gorbea es una de las maravillas más sorprendentes de la naturaleza en España, y solo siento no ser pintor para transmitir por medio del pincel, un cuadro exacto de su grandeza. Desearé, por lo tanto, que la des-

cripción siguiente pueda servir, cuando menos en su sencillez, para convertir la atención de los viajeros a esta montaña mágica completamente desconocida fuera de España.

El punto de partida más apropiado para subir a la peña de Gorbea es Orozco, pueblecito distante de Bilbao cinco leguas, y situado sobre el Arnauri, uno de los afluentes del Nervión. Los valles que ambos ríos recorren son deliciosos, sobre toda ponderación, y esta sola circunstancia es suficiente para emprender un viaje a Orozco. Síguese al principio la carretera de Orduña y Burgos por el valle del Nervión hasta el lugar de Areta, en donde el Arnauri, que viene del sudeste, desagua en aquel río. En Areta se separan las carreteras de Burgos y de Vitoria, de las cuales la primera recorre el valle de Arnauri, siendo Orozco el primer pueblo que se encuentra en su curso. Era al mediodía del 25 de Mayo, cuando, preparado ya para mi viaje al interior de España, monté en Bilbao a caballo, en compañía de un criado vasco. La temperatura calurosa que reinaba, no menos que el calor del cielo, presagiaban una tormenta que no se hizo esperar mucho tiempo, obligándonos a buscar abrigo en una venta situada a una hora de distancia antes de llegar a la embocadura del río de Durango, por cuyo valle continúa el camino que va a aquel pueblo. El silvestre río que baja de los montes, da innumerables vueltas, y en sus orillas se suceden molinos, fábricas y ferrerías, entre enhiestas cumbres, cuyas faldas están cubiertas de viñas y frutales y adornadas de caseríos, o vestidas de encinas, castaños o espeso follaje, donde no es posible el cultivo. Tanto se acercaban los montes en algunos sitios, que parecía el valle transformado en estrecha garganta, siendo preciso para abrirla hacer saltar las peñas, de que daban muestras las agrestes murallas que a ambos lados se alzaban. La vegetación es en estos sitios exuberante, porque el aire se humedece constantemente con las emanaciones del río. Multitud de plantas embellecen los peñascos y los troncos de los árboles y entre ellas son las más comunes el *Polypodium vulgare*, el *Scolopendrium officinarum*, *Adiantum capillus Veneris*, la *Lomaria borealis*, y el *Aspidium filix mas*. En otros sitios, el valle se ensancha de repente, convirtiéndose en una hoya considerable, por cuyo suelo casi llano corre el río mansamente entre prados y mieses. Ocupan generalmente estos ensanches algunos lugarcillos que, como en las Encartaciones, se componen de barrios separados; y en todos ellos sobresalen las iglesias y antiguas casas consistoriales, con armas en sus fachadas de aspecto caballeresco. Los pueblos más importantes del valle del Nervión son Arrigorriaga y Miravalles, el primero de los cuales está situado en una hondonada el pie de un monte áspero, cónico y desnudo, de color rojo, que ha dado su nombre al pueblo.

Miravalles es una villa de agradable aspecto, con una plaza a la cual dan sombra álamos frondosos, y en donde se encuentra el contraregistro. El valle vuelve a estrecharse muy pronto en un terreno peñascoso, para abrirse enseguida en un llano rodeado de montes sombríos, donde está situado el barrio de Areta en la confluencia del Nervión y del Arnauri; y como se había puesto ya el sol, determiné pasar allí la noche. No faltaba aquí tampoco, como siempre sucede en el país vasco, una posada limpia y buena, con cuartos cómodos y patrones afables. Era una noche hermosa y templada del mediodía, que me convidó a sentarme durante largo rato en un tosco banco de madera, bajo el pabellón de las verdes hojas de un nogal añoso, a la orilla del río murmurador, deleitándome en la contemplación de las ve-

tustas casas del pueblo, cubiertas de una manera pintoresca de parras y de yedra, e iluminadas, al mismo tiempo que los montes vecinos, por los rayos de la luna en su plenitud, hasta que la linda hija de la posadera me llamó a cenar en compañía de unos carreteros de Castilla la Vieja, con los cuales pasé una parte de la noche, en conversación, al lado del amigable hogar, bebiendo el amoratado vino de Rioja.

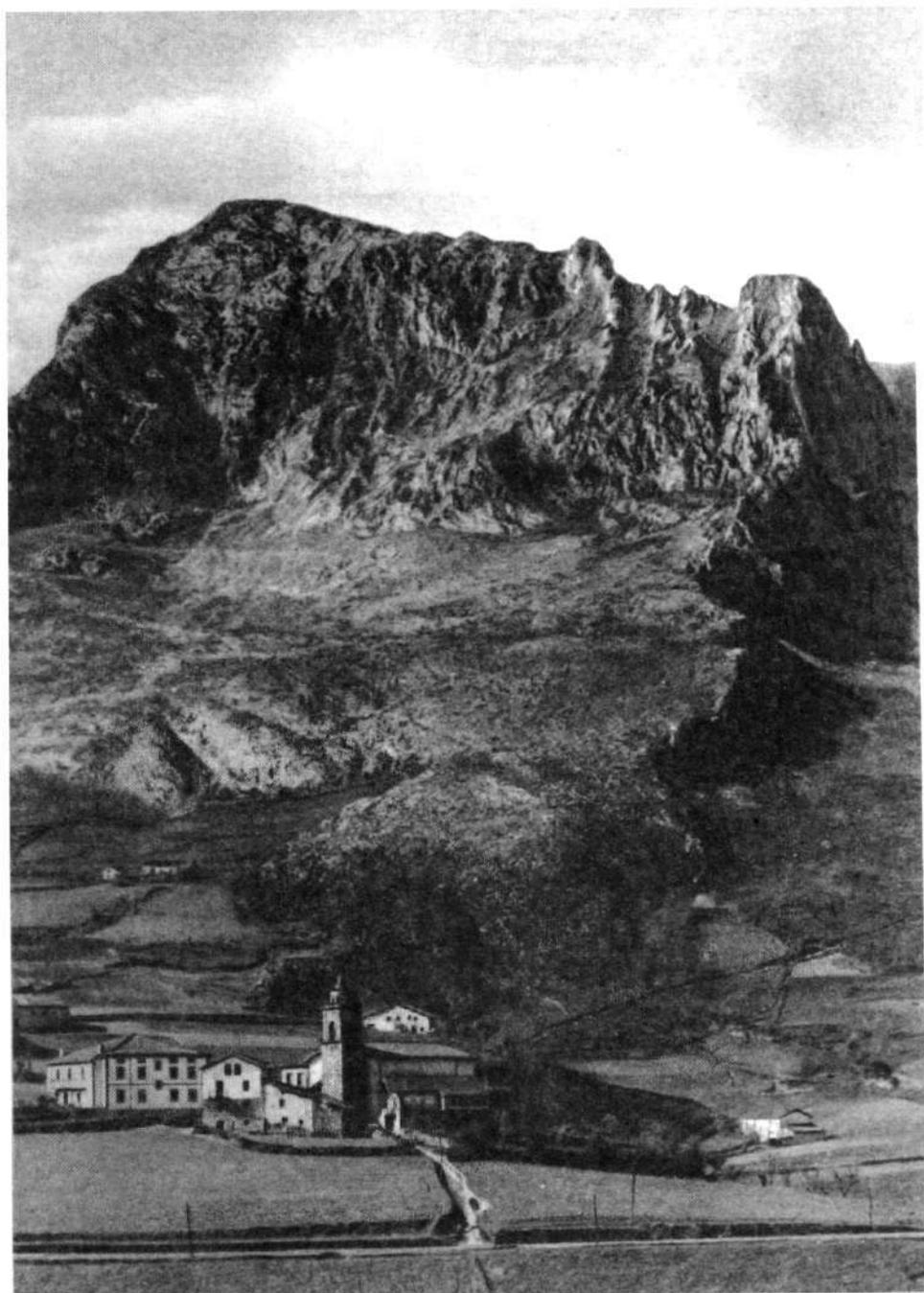
Al día siguiente, que era domingo, amaneció con tiempo igualmente hermoso. Una caminata de hora y media nos llevó oportunamente a Orozco, donde me apeé en una casa particular, situada sobre el río, y a cuyos habitantes iba recomendado. El valle de Arnauri, hasta Orozco, es estrecho poblado de árboles y solitario, exceptuando algunos sitios donde se ven caserías aisladas. Los montes, bastante elevados, están hasta la cúspide cubiertos de hayas y encinas, entre cuyo verde follaje descuellan de vez en cuando las puntas de algunos peñascos, y no se tarda mucho en descubrir en el fondo, hacia la izquierda, sobre las faldas que encierran el valle, la Peña de Gorbea, montaña desnuda, escueta y enriscada en forma de meseta, de color parduzco. El valle se ensancha considerablemente en cuanto se sale de Orozco (la plaza), a donde vienen a concurrir otros varios laterales, y está asentado el pueblo en la hondonada que forma su concurrencia donde también se unen los ríos de Arnauri y Gorbea, que corren entre el vetusto, sombrío y ennegrecido caserío. La comarca es bellísima. Todo el valle está cubierto de multitud de casas que acá y acullá se agrupan en los lugarcitos y forman barrios pertenecientes al mismo Orozco. Rodean a unos y otros, huertos, viñedos y heredades, entre los cuales se marcan prados y maizales. Por donde quiera florecía además el encarnado trebol, que daba a la campiña un aspecto sobremanera pintoresco y animado. Frondosos castaños y nogales se levantan a las orillas de los ríos, aun en medio del pueblo, al cual prestan de este modo aspecto más campestre. El valle de Orozco está rodeado de montes elevados, cuyas faldas de fácil subida ostentan lo mismo que sus cumbres, gran copia de encinas, castaños y hayas. Uno de los puntos más bellos de esta cintura de montañas es la ermita de Santa Marina, asentada en una eminencia de forma cónica, llena de encinas, en la parte occidental de Orozco, y desde ella se descubre una vista magnífica, que comprende no sólo el valle principal y sus varias ramificaciones, mas también toda la agreste y montañosa región vecina. En frente, al otro lado de la profunda hondonada, en cuyo seno cubierto de verde follaje descuellan graciosamente los rojizos tejados de Orozco y de las caserías esparcidas, se presenta la peregrina brecha o hendidura, por donde se abre paso el río Gorbea. Muéstrase en primer término sobre un collado que dominan otros montes poblados de árboles, la ermita de San Miguel, rodeada de castaños; asoman ya en el valle, entre el verde oscuro de la vegetación, los campanarios de algunos lugarcillos pertenecientes a Orozco, y finalmente, en el fondo, se ostenta majestuosamente la Peña de Gorbea, cortada por profundas grietas, en su eminencia perpendicular, y a su falda, lejos ya de los demás grupos de casas, situadas más abajo, aparecen los muros de una iglesia solitaria entre un bosque sombrío de hayas. Cuadro de encantadora belleza es este cuando el sol va poniéndose.

Aquella misma mañana emprendí la subida a la Peña de Gorbea acompañado de un guía navarro de nacimiento, después de un ligero almuerzo. Un buen camino de carros conduce por el valle del mismo nombre hasta el pie de la Peña en hora y media; y si el valle de Orozco encanta por su gracioso aspecto, sorprende el del

Gorbea por su agreste grandeza. Las alturas que encierran el valle están cubiertas en cuanto alcanza la vista, de robustas encinas y hayas, y en las orillas del riachuelo, abundante en truchas, se suceden en variada alternativa, elevados fresnos, arces, olmos, álamos, encinas y sauces. Ferrerías y molinos, de enmohecidos techos y paredes yacen a la sombra de vegetación tan copiosa, a las orillas del río que se precipita entre innumerables peñascos, y sobre cuyas aguas cruzan algunos puentes, casi sepultados en la hiedra.

Grande es el contraste que esta verdura de matices tan variados forma con los blancos y agudos perueños de la peña de Gorbea, que a cada paso se presenta más grandiosa y soberbia en el fondo del valle. En Saloa, que es el último barrio de Orozco, situado al pie de la peña, dejamos el camino mencionado, que todavía prosigue durante un cuarto de hora hasta un convento de monjas, y tomamos una senda por demás escabrosa y difícil, que sube al pie de la peña, y enlaza el valle de Orozco con Villaro y Durango. Después de haber caminado un largo rato entre pedregales y setos, llegamos a unas praderas llenas de hierba espesa que cubren el ancho y un tanto desigual meseta, encima de la cual se asienta la peña. Ya desde aquí se descubre una vista extensa sobre gran parte de Vizcaya y del océano, pues nos encontramos más elevados que los montes que se alzan entre la costa y la peña de Gorbea.

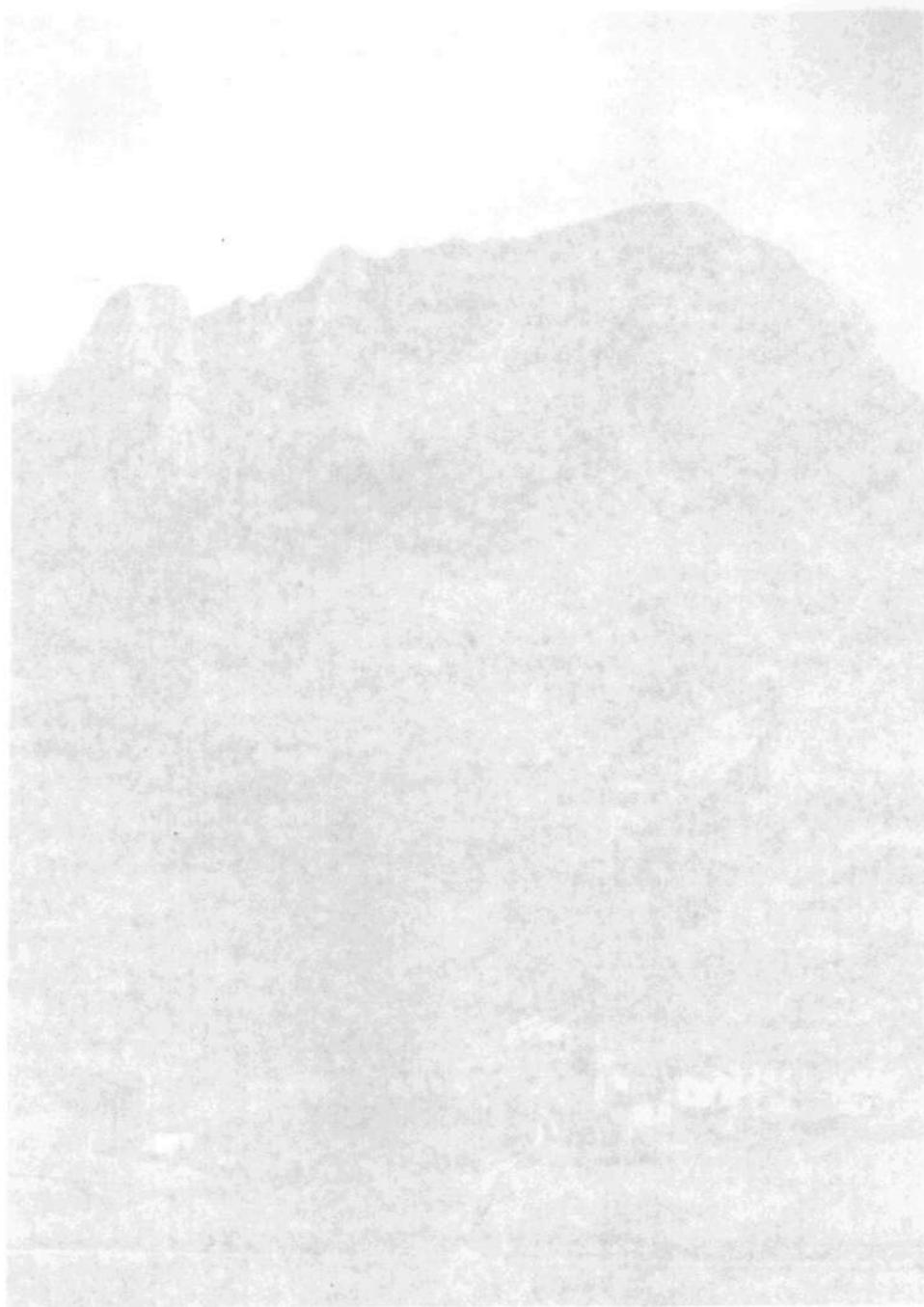
Era ya muy entrado el día, cuando llegamos al pie de la peñascosa muralla de quinientos a mil pies de altura, que ciñe la peña de Gorbea, por los lados del Norte, al este y al sudeste; y en donde se amontonan innumerables piedras, caídas desde arriba, a la manera de los témpanos de un ventisquero. Húmedas y sombrías aberturas cuyo suelo forman piedras agrupadas, o una alfombra de plantas alpinas, surcan la peña, casi perpendicular, en cuyas innumerables grietas y hendiduras brotan copiosamente bojes, hayas, tejos y otros árboles, pero no brindan con fácil camino a la parte superior de la peña, pues en todo el circuito de aquella mole peñascosa, cuyas formas peregrinas ofrecen una serie de aspectos muy pintorescos, no se puede penetrar más que por un solo sitio, en el lado oriental, donde es relativamente menor la muralla y se abre formando una puerta natural. Una estrecha y penosa vereda conduce entre hayas y bojes sobre un suelo de piedra muy pendiente a aquella puerta o pórtico que tendrá sobre quince pies de alto y seis de anchura. Sin presumir el espectáculo que me aguardaba, atravesé la grandiosa entrada a manera de bóveda, cuyas paredes son a veces tan tersas, que parecen trabajadas por la mano del hombre, creyendo ir a parar a un terreno llano; pero fué muy grande mi asombro cuando me encontré rodeado por todas partes de pirámides de piedra, formadas de agudos y dentados peñascos. Subí a una de ellas, y logré orientarme de algún modo, con respecto a la estructura peculiar del monte. Apenas es posible trascribir el espectáculo mágico que se ofreció a mis ojos. Figúrense un laberinto de innumerables y cóncavos vallecillos, cuya bajada muy pendiente está llena de rocas agudas de distintas formas; hendiduras que se asemejan la boca de un cráter, separadas por peñascos piramidales, y todo este caos de piedra contenido por un muro de elevación fantástica; figúrense cientos y millares de fosos, hendiduras y agujeros revestidos de plantas, arbustos y maleza, de la manera más vistosa, y se tendrá alguna idea de esta maravilla de la creación. Las condiciones geológicas de la peña de Gorbea explican su estructura peculiar. Toda aquella



Arte. Bilbao

(Fot. Ojanguren)

La peña de Amboto desde Arrazola



Font: El Periódico

La Peña de Ampués desde Avardón

1950

mole se compone de lechos o capas delgadas, que cuando más tienen cinco pies de espesor, y tan levantadas hacia el occidente, que se asientan casi sobre la cabeza, como dicen los mineros. Extendiéndose del N. N. E. al S. S. O. y caen bajo 65 hasta 70° hacia el Este, estando compuesta por consiguiente la superficie de la peña de las capas superiores que sobresalen. Como las diversas capas están separadas por tierra ligera, y la piedra es también de poca dureza, las aguas atmosféricas las han carcomido y desgastado en el transcurso de los siglos, llevándose, además, la tierra que entre ellas se encontraba, y dejando unos picos aguzados de forma fantástica, divididos por estrechas hendiduras o inclinados unos sobre otros, como lápidas sepulcrales gigantescas.

Esta estructura peculiar explica así mismo el gran número de grietas, huecos y agujeros que han horadado la pared del Gorbea, y profundizan tal vez hasta sus entradas; siendo entre ellos el más famoso y digno de verse, la cueva de Supelagor. Grande era mi deseo de conocer aquella gruta que, según relación, se extiende leguas por el interior de los montes, y es suma de todas las aguas que corren al pie de la peña de Gorbea; pero un suceso inesperado fué parte para que no pudiera realizar el mismo día mi propósito.

Mi criado debió haber conducido el caballo hasta el pórtico de piedra, y esperarnos allí, mientras que yo, guiado por el navarro, examinaba las hendiduras del circuito exterior de la peña; pero, como al llegar a dicho pórtico, no estuviese en ella el criado, el navarro, juzgando cuerdamente que aquel se había extraviado por no conocer el camino, me dejó para ir en su busca, en tanto que yo investigaba las partes del laberinto inmediatas a la puerta. Una hora y otra transcurrieron sin que apareciesen el criado ni el guía, y ya empezaba a temer que el primero, a quien tomé a la ventura en Bilbao, sin pruebas de buena conducta, se hubiese ausentado con mi caballo, cuando se presentó, por fin, el navarro, y me anunció que el criado esperaba mis órdenes, con el caballo, delante del pórtico. Había perdido, en efecto, el camino, alejándose hacia el sur de la montaña por las praderas que sirven de ancho pedestal a la peña.

Otra aventura desagradable me impidió recorrer el misterioso laberinto de la peña, durante la ausencia de mis compañeros, tan detenidamente como quisiera. No bien se hubo alejado el navarro, cuando oí un ruido cerca de mí, y al volverme, eché de ver a poca distancia un toro que, por su aspecto, parecía pertenecer al género de las fieras que se crían en España, en muchas partes, para las corridas populares. Ignoraba yo que sirviese también la peña de Gorbea de albergue a toros bravos, porque hubiera, en otro caso, traído mis pistolas, sabiendo que basta casi siempre la detonación de un arma de fuego para ahuyentar aquellas fieras. Apenas me hubo visto el toro, se lanzó sobre mí, y si no hubiera podido trepar, afortunadamente a un peñasco aislado, a donde no podía seguirme, hubiera pagado, tal vez con la vida la aventura. Estaba ya completamente seguro, pero el toro no parecía dispuesto a alejarse, pues encontró excelente hierba al pie de mi asilo, poniéndose a pacer tranquilamente, y si bien no mostraba tener ninguna intención hostil, no por eso me atrevía a salir de mi aislado baluarte, quedándome, por lo tanto, prisionero en el solitario y silencioso laberinto de la peña. De este modo transcurrieron algunas horas, sin que viese más seres vivientes que mi centinela cuadrúpedo y un par de buitres, que revoloteaban en torno de los picachos, hasta que, of, por fin, voces

humanas y divisé cuatro hombres, que desde el interior de la peña, por el sendero que conducía a la puerta de piedra, se encaminaban. Como uno de ellos llevaba boina y escopeta, toméle por mi criado y empecé a llamarle. Los recién llegados me vieron, y se acercaron al peñasco en que estaba, y como a su aproximación emprendiera el toro la fuga, pude bajar ya de mi baluarte. Pero ví con espanto que me había engañado, pues los hombres que tenía delante eran pastores para mí desconocidos, y el de la escopeta un mancebo, labrador de Orozco el cual hablaba, afortunadamente castellano, de suerte que pude decirle quién era y lo que deseaba. Los otros me tendían benévolutamente la mano, pero moviendo la cabeza a mis preguntas en señal de que no entendían. Como estaba medio extenuado de sed, y preguntase al labrador por una fuente, cruzó éste algunas palabras en vascuence con sus compañeros, de más que rústico continente. a consecuencia de las cuales sacó uno de ellos de debajo de su tosca manta una calabaza llena de vino, y me la ofreció juntamente con un pedazo de pan. Mientras hablaba con aquellas buenas gentes, llegó el navarro, y me dió cuenta de lo que ocurría, en vista de lo cual dejé que el criado esperase con el caballo en el pórtico, y tomé el camino de la gruta de Supelagor acompañado del guía y de los pastores. La entrada de la gruta se encuentra en la parte septentrional del laberinto, en una como muralla inaccesible, y en uno de los sitios más peregrinos de la peña, formando un arco bastante regular de veinticuatro pies (de París) de anchura y quince de alto, y vuelta hacia el sudoeste. Por esta grandiosa puerta se entra en un salón de cincuenta pasos de largo, cuyo suelo, de tierra humedecida, va bajando hacia el fondo. Este salón, que sirvió durante la guerra civil de cuerpo de guardia a la guarnición situada en la peña de Gorbea, y sirve ahora de abrigo y refugio a los pastores, es más alto y más espacioso a la entrada, pues su techumbre empieza a bajar enseguida, casi de repente, y tanto aquella como las paredes laterales están cubiertas de estalactitas ennegrecidas por el humo de los fuegos que encienden los pastores. En muchas partes, el agua que a veces brota de las hendiduras convierte el suelo, blando de suyo, en un lodazal completo. De ambos lados de aquel salón situado en dirección de sudoeste a nordeste, parten excavaciones de diferentes tamaños, algunas tan bajas, que es necesario doblarse para penetrar en ellas, y conducen a otras grutas laterales compuestas de salas y pasadizos estrechos y más pequeños, que terminan pronto. Por el contrario, hacia el fondo, el salón se convierte en una galería angosta, vuelta hacia el norte, que se divide en otras muchas, en relación con agujeros más profundos. Contóme el guía que no había pasado del salón de entrada, que nadie se internó nunca en la gruta, con excepción de algunos pastores atrevidos, muchos de los cuales no volvieron a aparecer, y que los pocos que fueron más afortunados, referían que después de haber errado por el laberinto horas enteras tropezaron con ríos y torrentes subterráneos que no les permitían continuar más adelante. Una vez hubo de entrar un perro en la cueva, y meses después se encontró su esqueleto en las aguas del Gorbea.

Mucho sentí que la falta de tiempo me impidiese reconocer el origen de aquel río, el cual, según me refirieron, corre por un agujero abierto en el lado septentrional de la muralla, que puede servir muy bien de salida en aquel extenso y complicado laberinto. También hubiera querido investigar los sitios más recónditos de la gruta; pero como eran ya más de las cuatro cuando llegué a la entrada, tuve que

renunciar a mi propósito por aquél día. Después de encaminarme, por lo tanto, hacia la puerta de piedra, subí los picachos de la cintura exterior de la peña que ofrecían una vista magnífica de la región agreste de Vizcaya hasta el mar, y disfruté de una alegre merienda sobre el blando césped, en compañía de los serviciales pastores al pie de la peña, situada encima de una comarca que parecía consagrada por la tranquilidad del domingo, pues mis patrones de Orozco me habían provisto de vino y manjares en abundancia, regresando, por fin, al mismo camino de Saloa, donde el mancebo nos dió de beber generosamente.

Lo que tanto mi guía como los pastores me contaron con respecto a la gruta de Supelagor, y otras maravillas de la peña de Gorbea, estimuló mi interés hasta tal punto, que determiné dedicar otro día entero al reconocimiento de aquella montaña; pero como había hecho grande acopio de plantas, y enviado a Bilbao mi criado para que me trajese algunos utensilios de viaje, no pude emprender la segunda excursión hasta el veintiocho de mayo. Entre tanto, ocupé el tiempo en un paseo a la ya mencionada ermita de Santa Marina que fué interrumpido por la lluvia, y el mismo día recibí de los vecinos de Orozco una muestra particular de deferencia, que no puedo pasar en silencio, y fué una invitación solemne de parte de un concejal para que asistiese a un ensayo de música, y admirase, sin duda, los instrumentos que aquellas gentes habían hecho traer de Alemania a bastante coste. La banda consistía exclusivamente de aficionados, vecinos de Orozco, que empezaban a aprender, y como los instrumentos eran de metal y no iban muy acordes, no necesito decir que el ensayo era un entretenimiento que afligía y desgarraba el oído; pero como no era cosa de ofender a los señores tuve que aguantarlo con paciencia. Lo que me hizo mas gracia fué ver al director, que me presentaron en concepto de músico entendido, empeñarse en demostrar sus conocimientos en mi presencia; obsequiándome con la ejecución de una marcha compuesta por él y que dirigía con pies y manos, aunque algo irritado con sus pocos ejercitados músicos llevaba tal vez, el compás amistosamente sobre sus espaldas. Grande fué mi satisfacción al concluirse la marcha, que no era más que un ruido espantoso, sin el menor asomo de melodía.

Salí de Orozco el día señalado antes de amanecer, y estaba ya a las seis de la mañana en la puerta de la peña desde donde, después de haber dejado los caballos en una pradera al cuidado de un pastorcillo, me encaminé a la gruta, acompañado de otro pastor, de mi criado y del navarro. Ya en esta ocasión nos habíamos provisto en Saloa de velas y de cuerdas, armándonos además con sendas escopetas, pues parece que se han encontrado alguna vez en las cuevas, lobos y aun osos; debiendo recomendar a los que tratasen de emprender esta misma excursión que se provean de antorchas, o cuando menos de lámparas, porque es muy poca la luz que derraman las velas. La galería, que forma la prolongación de la entrada de la gruta, baja muy pronto, y lo resbaladizo del terreno impide andar con facilidad. También se encuentran agujeros llenos de agua que parecen bastante profundos, y que obligan a caminar con mucha cautela, y más de una vez se apagaron nuestras velas con las gotas desprendidas del techo, costándonos no poco trabajo el encenderlas de nuevo. Pero salimos luego de aquella humedad, y nos encontramos en sitio más seco. Era un largo corredor, que se subdividía en otros muchos, y habiendo tomado el que juzgué mayor, fuimos a parar a un salón espacioso que parecía sostenido por columnas de piedra. Las paredes estaban revestidas en muchas partes de lindí-

simas estalactitas, transparentes como el alabastro, de color rojizo o amarillento, y que como en casi todas las grutas de esta clase, eran de forma puntiaguda. La techumbre de uno de los saiones llena de estas agujas, de las cuales colgaban gotas de agua, parecía, a la luz de las velas, adornada de miles de brillantes, y en otro sitio, un rayo de sol que penetraba por una hendidura, iluminaba la oscuridad subterránea, aunque en breve trecho. Después de varias vueltas, nos encontramos con que la galería mudaba de rumbo y el piso se elevaba, llevándonos de nuevo a la húmeda prolongación del salón de entrada.

No contento con este primer reconocimiento, traté de emprender otro, a pesar de la oposición de mis compañeros, a quienes inquietaba la lobreguez y humedad de aquel laberinto, y que trataron de disuadirme con cuentos de fieras, duendes y monederos falsos, resolviéndose a seguirme, tan solo mi criado y el pastor, con los cuales penetré por segunda vez en la cueva. No pude reducir a que me siguiera el navarro, que se quedó en la entrada. Tomé ahora nuevo rumbo, entrando, por otra galería, más al nordeste, en forma de cuesta, y tan estrecha en algunos sitios, que nos fué preciso subir a gatas. Muy pronto empezamos a percibir un ruido sordo y lejano, que cuanto más avanzábamos se oía más claramente, y que conocimos, al cabo, lo causaba sin duda alguna la caída de algún torrente. La galería terminaba unos pasos más adelante, y en su lugar encontramos un salón bajo, pero muy espacioso, sobre cuyo suelo corría un espumoso arroyo hacia el noroeste. La cueva parecía continuar del otro lado, pero no nos resolvimos a pasar el rápido y glacial arroyo subterráneo, en aquel sitio, ni pudimos dar tampoco con otro más fácil para atravesarle. La gruta seguía estrechándonos hacia el fondo, hasta convertirse en un agujero, que ocupaba por completo el arroyo en su salida. Este arroyo es indudablemente el río Gorbea. Después de algunas tentativas infructuosas para atravesarle, me decidí a volver, y a pesar de que también procuré seguir el curso de las aguas, me fué muy luego imposible, porque tropecé con un agujero de profundidad desconocida. Echamos allí una piedra, y por el ruido que hizo al caer, comprendimos que el agujero se trasformaba en una galería algo inclinada. Me había yo resuelto a descolgarme por el agujero atado a una cuerda, pero quiso mi buena suerte que se me ocurriese probar antes el aire allí contenido, para lo cual hice bajar una vela encendida que se apagó enseguida repentinamente. Posible es que la apagase alguna gota de agua, o acaso alguna corriente de aire, pero no estaban húmedos los lados del agujero en aquel sitio, ni notamos tampoco la menor oscilación en la luz, lo cual me hizo creer que aquella profundidad estaba llena de azoe. No me decidí, pues, a bajar, y volví al salón de entrada, donde nos aguardaba el navarro. Eran ya las diez de la mañana cuando salimos a la luz del día.

Reparado que hubimos nuestras fuerzas con un almuerzo copioso, regresamos al pórtico de piedra a recoger nuestras bestias, y tomamos por un camino pocas veces hollado, y dificultosísimo para caballos; hacia el sudeste. Nuestro objeto era ahora llegar a la nevera de Orozco, pozo profundísimo, en el cual no se derrite la nieve durante todo el año, y que sirve por lo tanto para guardar la que se necesita para las limonadas y demás refrescos, que tanto apetecen los pueblos meridionales, siendo un artículo de consumo arrendado por el Ayuntamiento de Orozco. La nevera está situada al sudeste, en uno de los sitios más salvajes de aquel laberinto de peñascos, y es un agujero imponente; de considerable anchura y profundidd, cuyos

lados consisten en rocas puntiagudas, entre las cuales crece una vegetación exuberante. Unas cuantas hayas que han brotado del agujero, prestan sombra con sus frondosas ramas a aquel precipicio lleno de nieve, en el cual hay por uno de los lados una hendidura que horada perpendicularmente la roca. Sobre esta hendidura cubierta con una bóveda como las de los puentes, al borde vertiginoso de la nevera, se ha construído una casita de piedra, con dos puertas, una de las cuales da enteramente sobre el precipicio. En esta puerta hay una cuerda que sirve para sacar nieve de la profundidad, por medio de un cubo; la otra puerta, que sirve de entrada, está siempre cerrada, y su llave en poder del rematante de Orozco.

Eran las horas más calurosas del día, cuando llegamos a este sitio agreste, peregrino y riquísimo en plantas. Como teníamos mucha sed, no había agua cerca y el vino se había calentado en la bota, uno de los pastores tuvo el arroyo de bajar al precipicio por una hendidura que había enfrente de la casita, para traer nieve a fin de enfriar el vino. Me estremecía de ver al muchacho agarrándose a las rocas puntiagudas, y desaparecer luego en aquella lóbrega profundidad, pero duró poco mi zozobra, pues le ví aparecer sin novedad, trayendo la boina llena de nieve, en la boca.

Hábame propuesto, como fin principal de este día, subir a la cumbre más elevada de Gorbea, que se alza en la parte meridional de la montaña, y dista una legua de la nevera. Tomando, pues, el rumbo hacia el sur, llegamos a salir, en breve, del laberinto de rocas, de que se compone la mitad de la montaña, en la parte del noroeste y empezamos a atravesar prados espaciosos y llenos de hierba, que dominan casi por completo el declive interrumpido por cortaduras, de la muralla de altísima peña que forma la mitad restante. Numerosos rebaños de ganado vacuno y lanar pacen en aquellos prados, entre cuya aterciopelada verdura corre aquí y allá un plateado arroyuelo y están al cuidado de algún pastor que otro, que en cabañas de piedras sin cimiento, cubiertas de ramaje y de maleza, pasan todo el verano sin comercio con el mundo civilizado. La cumbre más alta de la montaña de Gorbea, a donde llegué a las seis, después de una fatigosa subida entre la maleza, enteramente solo, es el punto culminante de una cima piramidal que domina las demás eminencias, así como el laberinto de peñascos, y que declina del lado del sur, por una falda bastante pendiente hacia la elevada llanura de Alava. Encuéntrense a la bajada de esta cumbre eminente, en algunos sitios todavía cubiertos de nieve, varios pozos o depósitos pertenecientes a Vitoria, pero que no igualan en anchura, profundidad y grandeza a la nevera de Orozco.

La falta de mi barómetro, cuya pérdida nunca sentí tan vivamente como este día, me impidió, desgraciadamente, calcular la altura de aquella gigantesca montaña, nunca hasta entonces medida; pero por las plantas que allí encontré, debe ser de unos cinco mil pies de París.

El panorama que presenta la cumbre comprende una comarca extensísima, pero como sucede siempre en casi todas las montañas de mucha elevación, el espectáculo que de ellas se disfruta es más que bello grandioso, porque los contornos de las partes muy bajas se confunden y desvanecen demasiado, los valles yacen a gran profundidad, y no basta la simple vista para distinguir toda su hermosura. El cuadro que se presenta parece más bien un mapa que un paisaje, aunque no por eso deja de valer la pena el subir a la cima del Gorbea, pues que es uno de los sitios más

apropósito para formarse idea exacta de las condiciones orográficas de las montañas cantábricas y de las comarcas limítrofes. La vista más hermosa es la que se descubre a la parte del mediodía y del poniente sobre los verdes y anchurosos llanos de Alava, entre cuyos innumerables pueblos se distingue principalmente Vitoria, y detrás de ellas las azuladas cordilleras que separan la meseta de Alava, de Navarra y el valle surior del Ebro de las llanuras de Castilla la Vieja; la vista más ruda es la del noroeste, donde se extiende cual desierto de piedra, el laberinto de la peña, la más grandiosa es la de la parte oriental, en donde la sierra majestuosa de Durango, con sus atrevidas y grotescas rocas, entre las cuales la peña de Amboto se acerca en altura a la montaña de Gorbea, cierra el horizonte a no grande distancia; y finalmente la que más interés despierta es la situada hacia septentrión, por donde se descubre el espejo azul del océano en una vasta extensión de la costa cantábrica que se marca como en un mapa desde Bermeo hasta Santoña, y que parece elevarse al cielo. Los puntos más remotos de este panorama son los pirineos centrales, que se distinguen con tiempo claro, las sierras de Oca en Burgos, y las montañas de Santander, que a la sazón estaban todavía cubiertas de nieve.

Acercábase el sol al horizonte cuando regresamos a la entrada del laberinto de rocas. Dejámosle a la derecha y por un terreno cubierto de espeso arbolado, bajamos al valle de Gorbea, donde descansamos en un molino solitario y pintoresco para tomar algún refrigerio. En ningún otro sitio me había parecido la peña de Gorbea tan grandiosa ni tan hermoso el valle: los últimos rayos del sol, que iba a ponerse, iluminaban con luz sonrosada los soberbios peñascos que, cual gigantesco castillo, se erguían sobre la verdura de los bosques, dorando al propio tiempo, el frondoso ramaje de las hayas y de los castaños, mansamente mecido por una aura suavísima; innumerables grietas y precipicios se veían ya medio envueltos entre las sombras; una tranquilidad religiosa reinaba en toda la montaña y solamente interrumpían el silencio las aguas impetuosas del arroyo y el solemne tañido de la campana que en el convento cercano llamaba a la oración de la tarde.

Algunas estrellas solitarias brillaban ya en el cielo sin nubes cuando salimos del molino, y muy pronto el suave y argentino resplandor de la luna alumbró los montes y los valles.

Mauricio Wilkom.

